

Ricardo POZAS*

El problema de mayor importancia que se advierte en el México actual es la profunda desigualdad social engendrada por el desarrollo y manifiesta en la desproporcionada distribución de los bienes que ese desarrollo ha producido.

La más visible desproporción se advierte en la industria comparada con la agricultura: mientras el 46.01% de la población económicamente activa —dedicada a la agricultura— genera sólo el 10.30% del producto nacional, el 17.06% —ocupado en la industria de transformación— genera el 27.4% de dicho producto. Por tanto, el hecho de que el 10% del producto nacional cubra las necesidades del 46%

* Profesor titular de tiempo completo y director del Centro de Estudios del Desarrollo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

de la población del agro indica una desproporción económica entre el campo y la ciudad, que es como una muy profunda grieta en el desarrollo.

Esta desigualdad y tal desproporción no sólo se advierten en la industria comparada con el agro, también se presentan en los sectores internos de la industria y de la agricultura y, en general, en todas las actividades de la producción.

Hay, en términos generales, un progreso que no es auténtico puesto que ha producido tan grandes desigualdades que son un obstáculo para el verdadero desarrollo.

Considerada en su origen la anormalidad del desarrollo es obvio que obedece a la concentración en unas cuantas asociaciones privadas de los medios y recursos destinados a la producción efectiva. Empresas que, además, se hallan ligadas a grandes monopolios internacionales.

Esta causa de la desigualdad es la misma que genera la desproporción del ingreso de las masas y el reducido sector dueño de las finanzas, de la industria y del agro productivo, que disponen, como si fuera de propiedad exclusiva, del cuantioso fruto de la economía nacional sin tomar en consideración a los numerosos sectores de asalariados, subocupados y desocupados que sufren hambre y bajísimos niveles de vida.

Así, el desarrollo en México se ha fincado en el mantenimiento estricto de una tendencia a la acumulación y concentración progresiva del producto, con el pretexto de una capitalización necesaria, a costa de la miseria y explotación de las masas.

La organización del desarrollo orientada al fin señalado ha conducido al desplazamiento de los medianos productores y proletarizado a fuertes sectores de la pequeña burguesía, a causa de la aplicación de nuevas técnicas a la producción industrial que impiden absorber la creciente mano de obra, ya que ellas tienden a una creciente automatización para ocupar cada vez menos trabajadores. Así va engrosándose el ejército de los desocupados.

Esta organización del desarrollo se mantiene gracias al poder político y militar del estado, frente a una total desorganización de los sectores populares.

La sólida organización del sistema actual garantiza este tipo de desarrollo. Su mantenimiento y control se efectúa a través de líderes sindicales que, en los escasos sindicatos obreros existentes, defienden los intereses de los empresarios. Con igual fin se procura la destrucción y desorganización de cualquier asociación de pequeños productores deseosos de ayudarse. Todo para no mermar las utilidades de los grandes consorcios industriales.